

SOFANDO

MULTIPLICAR LOS SUJETOS, ENCARNAR LOS CONOCIMIENTOS: PLAUSIBILIDAD DE LA EPISTEMOLOGÍA SOCIAL POSMODERNA DE DONNA HARAWAY

Multiply the subjects, embody knowledge. Plausibility of the postmodern social epistemology of Donna Haraway

Maricela Guzmán-Cáceres (1968, mexicana, Universidad Nacional Autónoma de México, México)

maricela.guzman.metodologia@gmail.com

Resumen



El objetivo del artículo¹ es mostrar el potencial heurístico de la categoría *conocimientos situados* de Donna Haraway, la cual refleja los entrecruces de la filosofía posmoderna, las epistemologías feministas y la epistemología social. Los conocimientos situados implican a un sujeto cognoscente encarnado, con localizaciones específicas respecto a su sexo, identidad sexual, raza, cultura, etnia, edad y nivel educativo y que, por tanto, los conocimientos que produce son siempre situados. La utilidad de esta categoría se muestra, por un lado, en que al multiplicar a los sujetos cognoscentes se multiplican asimismo distintas experiencias, que traen a la investigación nuevos y distintos horizontes y una mayor riqueza en la argumentación teórica del conocimiento científico posmoderno. Los conocimientos situados son conocimientos en tránsito y moldeables al punto que pueden engranar con otros y reflejan la particularidad de la experiencia femenina a través de los amplios márgenes de su diversidad. El nivel de objetividad de los conocimientos situados no refiere al paradigma positivista, sino a la objetividad que deviene del paradigma de la epistemología social, en el que son las comunidades las que validan los conocimientos, siguiendo el pensamiento posmoderno que abandona la racionalidad individual, a favor de la racionalidad comunitaria que se legitima en esas mismas comunidades. El resultado principal del análisis es que a casi treinta años de que Donna Haraway escribiera sobre los conocimientos situados, el potencial heurístico de su propuesta continúa vigente, garantizando la inclusión de una multitud de puntos de vista.

Palabras clave: conocimientos situados, epistemología feminista, epistemología posmoderna, epistemología social, teoría feminista.

Recibido: 18-07-2015 → **Aceptado:** 02-08-2015

Abstract

The purpose of the article is to show the heuristic potential of the category located knowledge, created for Donna Haraway, which reflects the undercross of postmodern philosophy, feminist epistemology and social epistemology. Situated knowledge embodied involve a knowing subject, specific locations with respect to gender, sexual identity, race, culture, ethnicity, age and educational level and therefore, the knowledge they produce, they are always situated. The usefulness of this category is displayed on the one

hand, that by multiplying the cognitive subjects, different experiences, they bring to the new research and different horizons, and greater rich in the theoretical arguments of postmodern scientific knowledge which make the resulting knowledge is richer is also increasing, as it reflects the particularity of who produces it. Situated knowledge is knowledge in transit and malleable to the point that they can engage with others and reflect the peculiarity of the female experience through the wide margins of its diversity. The level of objectivity of knowledge located not refer to the positivist paradigm, but the objectivity that becomes the paradigm of social epistemology, which is communities that validate knowledge, following the postmodern thought leaving individual rationality, for Community rationality legitimized in those communities. The main result of the analysis is that almost thirty years that Donna Haraway wrote about situated knowledge, the heuristic potential of the proposal remains in force, ensuring the inclusion of a multitude of views in science.

Key words: feminist epistemology, feminist theory, postmodern epistemology, situated knowledge, social epistemology

Introducción

Dada su naturaleza divergente, la posmodernidad es difícil de definir. Se caracteriza por su indeterminación y desdén por los cimientos fuertes o explicaciones racionales que se sustituyen por semiosis ilimitadas; los pensamientos emanados de los autores y creadores posmodernos son infinitos e inagotables, porque ya no hay un ojo de Dios que arbitre el proceder, el “deber ser” de las sociedades ni de sus creaciones. Las antiguas certezas de la modernidad han sido sustituidas por discursos vastos y variados, que son legitimados por los propios grupos de donde emanan, por comunidades que los defienden y que, en la mayoría de los casos, no tienen pretensiones de universalidad. Laurelle (2010) plantea que, en la posmodernidad, las concepciones objetivas y rigurosas huyen avergonzadas con la razón del centro de los tribunales dictaminadores y son sustituidas por autoras y autores posmodernos, por una episteme más plástica y flexible que nos habla “de la diferencia”, “la discontinuidad”, “la deconstrucción” o “la diseminación” (2010:1-21).

La cuestión central en el debate de la posmodernidad es la posibilidad de que los seres humanos tengamos algún tipo de capacidad para determinar y fundar un comportamiento y una praxis con pretensiones humanas, justas, racionales y universales, que guíen nuestras convicciones y argumentaciones más allá de contextos locales (Habermas, 1985). Lo particular

¹ Este artículo es uno de los productos académicos elaborados en la estancia posdoctoral desarrollada en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Nacional Autónoma de México. Agradezco al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por la beca doctoral otorgada y de manera

particular a la generosidad de la Dra. Norma Blázquez Graf, quien como tutora, me apoyó en cada situación y circunstancia durante mi estancia con sus acciones y con la motivación de su ejemplo

frente a lo universal, una de las dicotomías clave en la discusión posmoderna, se decanta en la epistemología social posmoderna hacia la concepción social de los conocimientos. Schmidt (1998) señala que “la epistemología social es el estudio conceptual y normativo de la relevancia de las relaciones sociales, los intereses y las instituciones en torno al conocimiento”. Aquí la disyuntiva está en la cuestión de entender el conocimiento como un proceso cognoscitivo individual o como resultado de variables sociales. En el caso de las epistemologías feministas, todas tienen en común la defensa de que no es posible una teoría general del conocimiento que ignore el contexto social del sujeto cognoscente, y más específicamente su género (Guzmán-Caceres y Pérez-Mayo, 2005).

Heredera de una sólida tradición epistemológica feminista, con una notable influencia de la teoría del punto de vista desarrollada por Sandra Harding (Standpoint Theory en inglés), surge la teoría epistémica posmoderna de Donna Haraway que, como epistemología social, se decanta por los conocimientos situados, parciales, encarnados en seres humanos que tienen nombres y apellidos, sexo, identidad sexual, nacionalidad, herencia cultural, raza, edad, condición socioeconómica, que los ubica socialmente en algún lugar.

Desde mediados del siglo pasado, los postpositivistas (Hanson, 1977; Kuhn, 1996) argumentaban que los conocimientos responden al trasfondo teórico particular del observador y que en este están implícitos no solo aspectos formales como la estructura de las teorías o los paradigmas o programas de investigación particulares e históricamente determinados a los que pertenecen, sino también los aspectos biológicos, psicológicos y sociales presentes en el proceso del conocer. En una línea epistémica que también toma en cuenta los aspectos sociales presentes en el proceso de generación de conocimiento, Haraway plantea que los sujetos cognoscentes mujeres y hombres están cargados de lo social, de sus condiciones específicas de vida que han sido vividas bajo condiciones particulares, selladas con su propia impronta y que generan conocimientos situados.

El presente artículo se centra en la plausibilidad de la categoría conocimientos situados de Donna Haraway (1988) que, dentro del continuum de la epistemología feminista, se ubica como posmoderna, entrecruzándose con otra propuesta epistémica posmoderna: la epistemología social (Grasswick, 2013). Los conocimientos situados localizan a los sujetos cognoscentes en tanto que pertenecen a comunidades y su situación particular tiene implicaciones en el proceso de creación de conocimiento. El resultado principal del análisis es que a casi treinta años de que Donna Haraway desarrollara su tesis sobre los conocimientos situados, el potencial heurístico de su propuesta continúa vigente, garantizando la inclusión de una multitud de puntos de vista en la ciencia.

El artículo está organizado en tres secciones, en la primera denominada Ilustrar la ilustración: posracionalismo, posilustración, se aduce a los argumentos con los que la crítica posmoderna rechaza al racionalismo ilustrado y muestra la posibilidad de existencia de formas disímiles y divergentes de concebir el conocimiento y el proceso epistémico de su creación. En el segundo apartado: Epistemologías feministas posmodernas, se caracterizan las posiciones teóricas que responden a las preguntas epistémicas clásicas con propuestas originales ubicadas en el contexto filosófico feminista y posmoderno y, finalmente, el tercer segmento se centra en la categoría Conocimientos situados, la epistemología social posmoderna de Haraway,

en la que se describe su aporte al feminismo, a la ciencia y particularmente a la epistemología social posmoderna.

Ilustrar la ilustración: posracionalismo, posilustración

En una muestra clara del androcentrismo filosófico que considera la mirada masculina como única posible y universal, Bernstein (1985) señala que la posmodernidad constituye una revuelta y un desconocimiento de los padres del pensamiento moderno (Descartes, Locke, Kant, e incluso Marx) y en el mismo tenor, Mardones (2011) afirma que las subculturas que surgen en la posmodernidad ya no se encuentran más en el discurso del padre, el cual equivale a la totalidad unificadora del “ojo de Dios”.

Los y las autoras posmodernas critican la falsedad de pretensión universal de las grandes narrativas que movilizaron a mujeres y hombres en la modernidad occidental tales como las nociones de verdad, libertad, justicia, racionalidad y emancipación. En lugar de estas, proponen pluralizar las opiniones, paradigmas y prácticas de la razón occidental, manteniendo los principios básicos del deconstruccionismo (Holland, 1997), predominando las referencias a pequeños grupos cercanos, los consensos locales, coyunturales y rescindibles, las visiones fragmentadas y escépticas de la realidad (Dubiel, 1987 y Welsch, 1987 en Mardones, 2011).

La filosofía posmoderna pone en evidencia la conciencia de que el progreso científico y tecnológico, el derrumbe de sistemas ideológicos y los estragos producidos por las economías de libre mercado, tienen unos elevados costos sociales que han opacado los referentes éticos y políticos. En el campo de la epistemología, la posmodernidad se traduce en la negación del racionalismo, de ahí que las epistemólogas posmodernas hayan realizado una ruptura profunda con el paradigma racionalista para ofrecer nuevas narrativas que sean descentradas y parciales, en donde los supuestos del humanismo de género y el feminismo construido como una teoría y una política para el sujeto mujer ya no existan. Esta última pretensión ha sido motivo de que teóricas feministas no posmodernas consideren que el feminismo posmoderno pretende la extinción del feminismo como teoría y como lucha política.

El feminismo ha identificado a la institución científica como fuente y locus de las desigualdades de género: en principio porque las entidades donde se genera la ciencia tienen una larga tradición de excluir a las mujeres como profesionales; se les margina como sujetos de la investigación científica, o son tratadas de maneras que reproducen estereotipos normativos en el género, amén que la autoridad científica ha servido con frecuencia para racionalizar los tipos de roles sociales y las instituciones que las feministas cuestionan. En relación a la epistemología y el legado racionalista, Di Stefano (1990) distingue tres posturas que han asumido el feminismo y las feministas:

El racionalismo feminista que reconoce que la ciencia, el humanismo y el racionalismo excluyen a las mujeres, por lo que prepondera la multiplicación del número de mujeres en la ciencia, lo cual lograría que, a la larga, se eliminen el sexismo y el androcentrismo y se alcance una mejor ciencia. Conocido también como empirismo feminista, se encuentra limitado por su planteamiento romántico e idealista, que plasma sus esperanzas de cambio en la sustitución de sujetos cognoscentes pero no en transformaciones más profundas de los sistemas sociales que están detrás del sexismo, el androcentrismo y el patriarcado.

La corriente denominada antirracionalismo feminista, a diferencia de la racionalista, destaca y enaltece a las mujeres como sujetos cognoscentes, bajo el supuesto de que los atributos con los que el pensamiento ilustrado ha desvalorizado a las mujeres, tales como el apego a la naturaleza, la intuición y la irracionalidad, en realidad constituyen características superiores. Se destaca también en esta corriente que el punto de vista femenino es mejor por el hecho de pertenecer a una posición socialmente inferior. Esto se traduce en el plano epistémico a que las mujeres tenemos un punto de vista que favorece mejores observaciones y análisis que el que pudieran tener los hombres. Esta postura se conoce como *feminist standpoint theory* o teoría del punto de vista. La crítica que se hace a esta postura deriva del esencialismo que implica por un lado, tratar a las mujeres como idénticas y, por el otro, considerar que el mero hecho de ser mujer lleva implícitas cualidades epistémicas superiores.

Para el posracionalismo feminista, la manera en la que pueden superarse el romanticismo y el esencialismo de las dos corrientes anteriores es a través de la creación de nuevos discursos y narrativas en las que no se realicen tipologías, ni clasificaciones de las mujeres ya que puede perderse el sentido y original del movimiento y la teorización feminista. Están en contra de establecer distinciones jerárquicas entre los sexos y en el plano epistémico apuestan al desarrollo de conocimientos situados. Esta postura se conoce también como posmoderna. Se le critica como relativista, debido a que abre la posibilidad de diversificar a los sujetos cognoscentes, que generan conocimientos situados y uno universales como marca la ilustración.

Epistemologías feministas posmodernas

El feminismo posmoderno puede decirse que es un cruce de conversaciones entre tres vertientes importantes del discurso occidental contemporáneo: el psicoanálisis, la teoría feminista y la filosofía posmoderna, lo que le permite buscar articulaciones entre los problemas concernientes al conocimiento, la diferencia entre los sexos, la subjetividad y el poder (Tubert, 2009). El posmodernismo feminista refuta el concepto "mujer" como voz unificada (Spivak, 1987), para vindicar la pluralidad de "las mujeres", la cual lleva consigo una multiplicidad de perspectivas, que se convierten en un ámbito epistémico fundamental pues permiten disociar la relación naturalizada entre sujeto y perspectiva que persiste en la teoría del punto de vista feminista (Castañeda-Salgado, 2008).

A diferencia de lo que plantea Harding (1986) respecto a que las mujeres tienen un punto de vista epistémico privilegiado que deviene de su condición de subordinación, las epistemólogas feministas posmodernas consideran que es imposible e inapropiado tratar de encontrar un solo punto de vista relevante como sujeto cognoscente, pues cada mujer tiene un punto de vista distinto que es producto de sus condiciones de nacimiento y experiencias de vida que se refleja en condicionantes como la clase, etnia, identidad sexual, cultura y edad. La condición de otredad de las mujeres en la sociedad les permite, según la epistemólogas feministas posmodernas, tener una mayor apertura, pluralidad y diversidad.

Las feministas posmodernas no aceptan los esencialismos y señalan que el género está construido socialmente o discursivamente, que es un efecto de prácticas sociales y de sistemas de significado que pueden cambiar. La situación epistémica en la postura posmodernista se caracteriza por una pluralidad permanente de perspectivas en la que ninguna puede demandar objetividad, o ser superior a otra. De ahí que proponen cambiar el "punto de vista" que esencializa a las mujeres y las considera como iguales,

por una mirada "desde aquí y ahora", que libera a las mujeres de los determinismos que implica estar atrapadas en sus culturas, géneros, perspectivas, razas, etnias o cualquier otra identidad. Esto implica que las mujeres pueden escoger pensar desde una perspectiva distinta a la que marcan las identidades o etiquetas sociales que por nacimiento o por construcción social se les atribuyen. Sus identidades pueden estar cambiando en lugar de permanecer estáticas. Dos aspectos fundamentales de esta corriente epistémica son el rechazo a la categoría analítica "mujer" y la fragmentación infinita de perspectivas o puntos de vista epistémicos, razón por la cual se les critica por hacer un uso excesivo de la diferencia, lo cual contribuye a fragmentar y relativizar la postura feminista (Blázquez-Graf, 2010).

Respecto a la objetividad, las investigadoras feministas argumentan que en todas las etapas del proceso investigador se pueden dar circunstancias que contradicen la pretendida objetividad: desde la fuente de financiación del proyecto, el nombramiento del personal investigador, pasando por la selección de la muestra, hasta la interpretación de los datos y la divulgación de los resultados (Castañeda-Salgado, 2008). Lo anterior implica que una investigación es siempre una "lectura arbitraria del objeto" y en esa lectura los valores juegan un papel fundamental; esto desafía uno de los supuestos básicos de la epistemología: la objetividad entendida como neutralidad valorativa, entendiéndola a la ciencia como imparcial, autónoma y neutra. En las investigaciones feministas la objetividad la brinda la comunidad científica que debe evaluar los supuestos implícitos en las observaciones y razonamientos, la plausibilidad de unas hipótesis sobre otras y la consideración de que ciertos métodos son los más adecuados para resolver determinados problemas (Pérez-Sedeño, 2000).

Como parte de las epistemologías feministas posmodernas, se destaca la perspectiva del postestructuralismo feminista, que considera que todas las teorías son fragmentarias y, en consecuencia, trata de desarrollar un espíritu crítico en cada disciplina o discurso, sin pretensiones de evitar el conflicto y las diferencias insolubles y sin intentos de sintetizar esas discrepancias en una totalidad unitaria y unívoca que sólo podría ser falaz e ilusoria. Hacen una crítica radical a las pretensiones de que las teorías científicas o filosóficas puedan establecer una verdad absoluta, frente a un mundo en el que prevalecen el cambio, la incertidumbre, la ambivalencia y la falta de puntos de referencia seguros. Estos síntomas corresponden a un mundo en el que ya nada es igual, donde la inocencia no existe y donde el mismo feminismo psicoanalítico y todos los sistemas de pensamiento son instrumentos parciales e imperfectos para comprender la cultura, el sujeto, el sistema de género y el cambio cultural que no puede más volver a ser lineal, teleológico, jerárquico, holista, ni binario (Tubert, 2009). Entre las más destacadas feministas posestructuralista de la escuela francesa se encuentran Hélène Cixous, Julia Kristeva y Luce Irigaray. Otras feministas posmodernas relevantes son: Judith Butler, Donna Haraway, Linda Alcoff, Toril Moi, Nancy Fraser, Teresa de Lauretis, Jane Flax, Rosi Braidotti, Luisa Muraro entre otras, quienes cuestionan el discurso de la razón en cuanto a su posición universalista (Díaz-Martínez y Dema-Moreno, 2013).

Conocimientos situados, la epistemología social posmoderna de Haraway En los inicios cartesianos de la epistemología moderna, se creía que el conocimiento era el resultado del ejercicio cuidadoso de las facultades mentales de un individuo y que el sujeto cognoscente podía ser cualquier sujeto epistémico. A este modelo se le conoce como modelo atomista de los conocedores y resultó dominante durante los siglos XIX y XX. Ante este mo-

delo epistemológico, Donna Haraway entre otras epistemólogas posmodernas feministas, ha llamado la atención sobre las insuficiencias del individualismo abstracto presente en este y advierten que los sujetos cognoscentes son en primer lugar personas y que no son intercambiables de manera genérica, que los conocedores tienen identidades específicas y pertenecen a lugares sociales (Grasswick, 2013).

Una de las preocupaciones de las epistemólogas sociales feministas fue articular cómo es posible distinguir entre un mejor o peor conocimiento, o cómo podemos identificar el conocimiento objetivo. En un artículo de 1988, Donna Haraway introdujo por primera vez el término conocimientos situados dentro de la epistemología feminista, como una manera de expresar una forma de objetividad que se toma en serio la construcción social del conocimiento. Para Haraway, hablar de conocimientos situados implica que todo conocimiento es local y limitado, negando la posibilidad del punto de vista imparcial, que parte de la nada y que a menudo se ha asociado con la perspectiva del conocimiento objetivo (Grasswick, 2013). Haraway (1988:324) lo expresó así: **“Yo quisiera una doctrina de la objetividad encarnada que acomode proyectos de ciencia feminista paradójicos y críticos: la objetividad feminista significa, sencillamente, conocimientos situados”**. Con esta categoría, Haraway pretende lograr una objetividad encarnada, en donde las perspectivas parciales prometen una visión objetiva, la cual se consigue a través de la solidaridad política que se da entre las localizaciones sociales. Estamos hablando ya de una epistemología social.

Con el desarrollo de la categoría conocimientos situados, Haraway va más allá de argumentar que las mujeres tienen un privilegio epistemológico por su posición subordinada (Harding, 1986), entendiendo a la posición específica de las mujeres como la fuente de una objetividad encarnada, en la que se reconocen las ubicaciones materiales y comunitarias. Como científica y filósofa de la ciencia, a Donna Haraway (1991) le preocupan los excesos del constructivismo social que se enfocan en la retórica y que pretenden por momentos abandonar la objetividad, de ahí que para ella la objetividad consiste en una conexión parcial a través de perspectivas o lugares: dada la naturaleza limitada y de perspectiva natural de todo conocimiento, lo más que podemos esperar son formas de conocimiento que sean objetivas en el sentido de que son traducibles a través de ubicaciones particulares subjetivas. Para Haraway, es a través de la construcción de solidaridades políticas y participando en conversaciones epistémicas mediante nuestros posicionamientos, que llegamos a un acuerdo sobre cómo conocer ciertos aspectos del mundo, pero en estos acuerdos nunca se borrarán por completo las diferencias en nuestras perspectivas (Grasswick, 2013).

¿Cómo se traduce esta argumentación epistemológica social en las características del sujeto mujer? Para Haraway (1991), el sujeto epistémico femenino es siempre un sujeto situado que produce conocimientos situados y que la visión objetiva solo puede provenir de una perspectiva parcial en la que el sujeto encarna el conocimiento, en contra de los distintos tipos de conocimiento “irresponsable”, es decir, del conocimiento que es insituable e incapaz de dar cuentas de algo. De manera muy clara, Villarmea lo expresa en los siguientes términos: **“La epistemología situada supone que cualquier conocimiento comporta una relación con su origen, es decir, que el contexto desde el que se adquiere el conocimiento influye en su elaboración como tal. En consecuencia, la justificación de una creencia como verdadera refiere a la situación del agente de conocimiento; para un sujeto puede estar justificado y ser verdadero lo que para otro no lo es. No**

hay un punto de vista objetivo, neutro y ajeno desde el cual alcanzar la verdadera realidad (...). Cualquier sujeto conoce siempre dentro de un sistema, desde un lenguaje, a partir de ciertas premisas, en función de unos intereses, en relación con unas expectativas, etc. Todos estos condicionamientos influyen en la interpretación de la realidad que vamos a reconocer como conocimiento” (1999:224).

Y más aún de lo que pareciera una negación de la objetividad y un relativismo absoluto, la propuesta de Haraway se fundamenta en una objetividad validada por lo social, por las comunidades que aprueban el conocimiento. Haraway advierte de los peligros de romantizar las posiciones en las que se da el privilegio epistémico a las mujeres, en tanto pertenecen al grupo de los menos poderosos, pues los conocimientos subyugados no son posiciones inocentes, sino que, por el contrario, no están exentos de examen crítico, de descodificación, de deconstrucción ni de interpretación, es decir, de los dos modos hermenéuticos y semiológicos de investigación crítica (Haraway, 1995).

Frente al relativismo que de forma constante se adjudica a las teorías posmodernas, Haraway propone que los conocimientos situados sean parciales, localizables y críticos, que admitan además la posibilidad de conexiones de solidaridad en la política y conversaciones compartidas en la epistemología. Para Haraway, tanto el relativismo como la totalización prometen la visión desde todas las posiciones y desde ningún lugar, convirtiéndose en relativismo fácil y holismos que subsumen las partes. En tal sentido, la autora plantea que el feminismo busca otro tipo de ciencia, en donde los sujetos sean múltiples, con miradas críticas, pues el conocimiento racional no debe dejar de ser comprometido, debe situarse desde todas partes y, por lo tanto, desde ningún lugar, formando parte de procesos de continua interpretación crítica entre cuerpos de intérpretes y descodificadores (Haraway, 1995).

La autora afirma que la búsqueda de la parcialidad no es un capricho o moda, toda vez que las conexiones y aperturas inesperadas que los conocimientos situados hacen posible, permiten encontrar una visión más amplia al estar en algún sitio en particular:

La cuestión de la ciencia en el feminismo trata de la objetividad como racionalidad posicionada. Sus imágenes no son el producto de la huida y de la trascendencia de los límites de la visión desde arriba, sino la conjunción de visiones parciales y voces titubeantes en una posición de sujeto colectivo que prometa una visión de las maneras de lograr una continua encarnación finita, de vivir dentro de límites y contradicciones, de visiones desde algún lugar (Haraway, 1995: 339).

En este párrafo, Haraway advierte que es posible y deseable que los sujetos cognoscentes no se planteen como individuos aislados, con cualidades sensoriales dispuestas para observar diversos objetos, como plantea la epistemología positivista, tampoco que sean sustituibles por cualquier otro, como marca el atomismo en torno al sujeto cognoscente. El sujeto cognoscente femenino debe considerarse en tanto persona perteneciente a sociedades específicas, con tradiciones teóricas y paradigmáticas, pero también políticas, encarnadas en subjetividades que devienen de territorialidades concretas, que tienen un sexo, una identidad sexual y un género que las marca. En fin, que no son entequeias abstractas, cambiables y neutras, sino individuos perfectamente situados.

Conclusiones-discusión

Uno de los problemas con los que más se ha atacado a la epistemología social es que debería especificar la diferencia que en términos epistémicos sucede cuando los objetos de estudio pertenecen a las ciencias formales, naturales o sociales, dado que se cree que no existe conflicto epistémico alguno cuando el sujeto cognoscente, humano, conoce un objeto de estudio que pertenece al mundo natural, en tanto que cuando el objeto de estudio es social, el conflicto epistémico se da porque el sujeto y objeto pertenecen a mundos situados, a comunidades que pueden estar en conflicto o, por el contrario, que ambos muestren afinidades teóricas, políticas, culturales que nublen la objetividad.

Ante esta crítica, Haraway, cuya formación disciplinar proviene de la biología, zoología y filosofía, señala que el hecho de que el objeto de estudio sea un objeto vivo no humano o inanimado, también trae problemas de observación, pues la mirada del observador siempre es cambiante, dependiendo de su situación social y género, aun cuando el objeto observado no sea otro u otros seres humanos. En su célebre libro *Ciencia, cyborgs y mujeres*, Haraway (1995) da una muestra patente de lo que esto significa, usando como ejemplo las conclusiones diferenciadas que hicieron primatólogas mujeres, a partir de la observación del comportamiento social de primates, la cuales difirieron de las elaboradas por su mentor varón. Todo ello debido a la situación específica de las investigadoras, que les permitió hacerse preguntas distintas y observar cosas diferentes, que de no ser por su experiencia particular, no habrían sido posibles. Tales conocimientos situados han cambiado el curso de las teorías científicas.

Pese a que la mayoría de los planteamientos posmodernos parecen ser consensos locales y temporales que no permiten la posibilidad de elaborar grandes relatos y que en el plano epistemológico “todo vale” (Feyerabend, 1974), Haraway presenta una propuesta epistémica que rechaza tanto el relativismo como el esencialismo y la totalización, considerándolos “‘trucos divinos’ que prometen, al mismo tiempo y en su totalidad, la visión desde todas las posiciones y desde ningún lugar” (Haraway, 1995:329). La alternativa de Haraway para el relativismo son los “conocimientos parciales, localizables y críticos, que admiten la posibilidad de conexiones llamadas solidaridad en la política y conversaciones compartidas en la epistemología” (Haraway, 1995:329). Tales conocimientos situados y encarnados, parciales y limitados, provenientes de una pluralidad de sujetos cognoscentes, hacen posible la racionalidad posicionada, que implica estar en un sitio en particular desde el cual es posible hablar y tener visiones siempre desde algún lugar.

Por otra parte, los conocimientos situados permiten encarnan al sujeto, lo materializan y humanizan, lo convierten en un ella o él, originario de un país colonial o dependiente, de una etnia, raza, identidad sexual o condición económica particular. Las narrativas derivadas de sujetos cognoscentes situados, hacen más inteligible el conocimiento, que está enraizado en la subjetividad de quien lo produce. La epistemología de Haraway permite también, el diálogo interdisciplinario, multicultural y decolonial, así como la deconstrucción del proceso de producción de la ciencia.

Para finalizar, cabe hacer alusión a la categoría sujetos nómades de la filósofa y teórica feminista Rossi Braidotti (2000), quien respecto al conocimiento coincide con Haraway al plantear que todo cuerpo está encarnado en un espacio físico o lugar material desde el que habla, interpreta y analiza, por lo que todo conocimiento generado por sujetos encarnados no es

universal en sí mismo. Sin embargo, estos sujetos encarnados y situados territorialmente, que producen conocimientos, tienen la posibilidad de la transgresión que implica entablar conversaciones desde algún lugar, con otros seres humanos situados, superando los límites y vulnerando las fronteras.

El potencial que brinda la cualidad de nómades permite transitar hacia la exploración de nuevos horizontes transdisciplinarios que borrando los límites disciplinares, puedan integrarse en sistemas únicos y originales que desborden inclusive las posibilidades del propio ámbito científico. En este punto los conocimientos situados de la epistemología social feminista de Donna Haraway se sintetizan con los sujetos nómades de Brandotti, alcanzando alas para sujetos cognoscentes posmodernos. La epistemología feminista y la posmodernidad facilitan y promueven esta libertad.

Reflexión de la editora de sección Anayra O. Santory-Jorge:



El siglo XX nos legó el reconocimiento de que la producción colectiva del conocimiento ocurría, como todos los demás aspectos de la cultura, en sociedades donde las diferencias sexuales, raciales, étnicas y nacionales, entre otras, eran criterios vigentes para la distribución desigual de bienes materiales y sociales. Uno de estos bienes muy mal distribuido es la posibilidad de adquirir las destrezas que nos acreditan como productores de conocimiento.

Otra, más insidiosa y difícil de desmontar, es la dificultad de traer a esta producción, siempre colectiva y siempre localizada, experiencias y perspectivas que escapan lo pensado, imaginado o percibido desde la universalidad a la cual muchos somos aun recién llegados. Si en los siglos XVII y XVIII resultó importante para el desarrollo de una nueva cultura secular la invitación amplia al pensamiento propio sin cortapisas ni tutelajes, para usar la expresión de Kant; en el siglo XX fue igualmente importante revelar que esa universalidad recién soñada escondía más exclusiones que colaboraciones. La universalidad vuelve a construirse en nuestro siglo como un imaginario, pero esta vez es siempre un horizonte que se corre y se configura como un calidoscopio. Ya no como un *fiat ab initio*. Alguna vez no tendremos que explicar, como lo hacen Haraway y Guzmán-Cáceres, que todo el conocimiento es situado y que carga consigo las señas de sus múltiples orígenes. Nos corresponderá explicar cómo fue que alguna vez pensamos lo contrario. No podremos más que responder que la universalidad que ahora no es mucho más que un cascarón vacío fue, en un momento ya distante, una armadura contra otra universalidad: la de una iglesia que se pensaba católica. Prevenidos estamos.

Reflexión de la editora de sección María Ofelia Ros M.: el artículo argumenta el potencial y la vigencia de la categoría conocimientos situados de Donna Haraway, a través del cual resalta la interpelación que los conocimientos situados realizan a un sujeto cognoscente encarnado, con localizaciones específicas respecto a su sexo, identidad sexual, raza, cultura, etnia, edad y nivel educativo. Estas localizaciones específicas del sujeto de enunciación imponen que los conocimientos que produce sean siempre situados, no universales. Como propone la autora “Los conocimientos situados son conocimientos en tránsito y moldeables al punto que pueden engranar con otros y reflejan la particularidad de la experiencia femenina a través de los amplios márgenes de su diversidad”. El conocimiento situado se enraza en la subjetividad



de quien lo produce. Por ende, el nivel de objetividad de los conocimientos situados está dado por la validación que de estos hacen las comunidades, siguiendo el pensamiento posmoderno que abandona la racionalidad individual, a favor de la racionalidad comunitaria. Llegados a este punto, cabe preguntarnos: ¿todo conocimiento avalado por la racionalidad comunitaria de una sociedades es un conocimiento situado?, ¿el cinismo de una determinada comunidad acostumbrada a la desmentida de la ley y a la afirmación de acciones y doctrinas vituperantes es un conocimiento situado?, ante este tipo de conocimiento situado, ¿cuál es la función crítica del planteo de Haraway?

Referencias bibliográficas

- Bernstein R. (ed.) (1985). *Habermas and modernity*. Cambridge: Polity Press
- Blázquez Graf, N. (2010). Epistemología feminista: temas centrales en Norma Blázquez Graff, Fátima Flores Palacios y Maribel Ríos Everardo (eds): *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp 21-38). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Braidotti, R. (2000). *Sujetos nómades*. Buenos Aires: Paidós.
- Castañeda-Salgado, M.P. (2008) *Metodología de la Investigación Feminista*. Guatemala: Fundación Guatemala-CEIICH, UNAM.
- Díaz-Martínez, C. y Dema-Moreno, S. (2013). Metodología no sexista en la investigación y producción del conocimiento. En: Díaz-Martínez, C. y Dema-Moreno, S. *Sociología y Género* (pp. 65-86). Madrid: Tecnos.
- Di Steffano, C. (1990). Dilemmas of difference: Feminism, modernity and postmodernism. En: Nicholson, L. *Feminism/Postmodernism*. New York: Routledge.
- Feyerabend, P. (1974). *Contra el método*. Barcelona: Ariel.
- Grasswick, H. (2013). Feminist Social Epistemology. En: Edward N. Zalta (ed). *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Extraído desde: <http://plato.stanford.edu/archives/spr2013/entries/feminist-social-epistemology/>.
- Guzmán, M. y Pérez, A. (2005). Las Epistemologías Feministas y la Teoría de Género. *Cinta de Moebio*, 22:112-126. Extraído desde: www.moebio.uchile.cl/22/guzman.htm
- Habermas J. (1985). Questions and Counterquestions. En: Bernstein (Ed). *Habermas and Modernity*. Cambridge: Polity Press.
- Hanson, N.R. (1977). *Patrones de descubrimiento: observación y explicación*. Madrid: Alianza Editorial.
- Haraway, D. (1988). Situated Knowledges: the science question in feminism and the privilege of partial perspective. *Feminist studies*, (14)3, 575-599.
- Haraway, D. (1995). *Ciencia, Cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Harding, S. (1986). *The Science Question in Feminism*. New York: Cornell University Press.
- Holland, N.J. (1997). *Feminist interpretations of Jacques Derrida*. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press.
- Kuhn, T.S. (1996). *The structure of scientific revolutions*. Chicago: Chicago University Press.
- Laruelle, F. (2010). *Philosophies of difference. A critical introduction to Non-philosophy*. London & New York: Continuum International Publishing Group.
- Mardones, J.M. (2011). El neo-conservadurismo de los posmodernos. En Vattimo, g. y otros. *En torno a la posmodernidad* (PP. 21-39). Madrid: Antropos.

- Pérez, S. (2000). Objetividad y valores desde una perspectiva feminista. En: Blázquez, N. y Flores, J. *Ciencia, tecnología y género en Iberoamérica*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Schmitt, F. (1998). *Social epistemology*. In Routledge Encyclopedia of Philosophy. London: Routledge.
- Spivak, G. (1987). *In other worlds: Essays in cultural politics*. London and New York: Methuen.
- Tubert, S. (2009). *Psicoanálisis, feminismo y posmodernismo*. Extraído el 1 de julio de 2012 desde: <http://www.psiconet.com/foros/genero/posmo.htm>
- Villamea-Requejo, S. (1999). Conocimientos situados y estrategias feministas. *REDEN. Revista Española de Estudios Norteamericanos*. (17-18), 219-235.